

**Hernán Pas, *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)*
Buenos Aires, Ediciones Katatay, 2008, 250 páginas.¹**

La tradición se fabrica. Así titula el último apartado del libro: *la tradición se fabrica* y todos sabemos hasta qué punto, dicha así, la frase encuentra su verdad en los potenciales de la lengua y la traslada al corazón mismo de la historia. Decir que *la tradición se fabrica* significa situar la discusión en términos de(l) trabajo, de taller, pues se trata del lugar donde los hombres componen, confeccionan, fraguan y construyen. La acción de fabricar nos remite al obrero, al artesano, al *homo faber*, el que modela y modula la materia y la vuelve otra cosa, la devuelve distinta, la inserta en otra dimensión. *La tradición se fabrica* es una de las perspectivas, entre tantas, quizás la que mejor se presta, para leer este libro: una frase que nos recuerda que el campo de la historia es una fábrica de relatos, un taller de construcción o un manual de composición de los relatos fundadores. Fabricamos nuestra propia historia en común, la fabricamos hasta volverla la comunidad de acontecimientos que nos hace pertenecer, al mismo tiempo que nos otorga la credencial de la ciudadanía. Pero por esos filamentos del sentido que las etimologías suelen revelar desde lo imprevisible, la familiaridad entre el *homo faber* y la *fabula* nos conduce de inmediato al meollo de este libro que es, como plantea el subtítulo, una indagación sobre las relaciones entre literatura, tradición y ciudadanía en el siglo XIX —más específicamente en el corto lapso de los 20 años que van desde 1830 a 1850—, un espesor de relaciones que se entablan en definitiva entre el hombre y la historia, el lector y el campo de los acontecimientos, entre el crítico y las interpretaciones. En una palabra, lo que, de un modo deslumbrante, el título del libro logra nombrar: las ficciones de extranjería, los relatos que cimientan las fábulas de identidad, es decir, aquello del orden de lo fabuloso y legendario que está en la base de toda construcción de la verdad social. *Ficciones de extranjería* indaga sobre los aspectos imaginarios y simbólicos que definen nuestra historia cultural precisamente en un momento de fundación.

El título anterior y desechado continúa gravitando a lo largo del libro de un modo contundente: *Escribir el desierto* apela al gesto fundacional de las escrituras que la tradición lleva a cabo a partir de esa generación que se enfrenta al desierto de la geografía y proyecta esa imagen de vacío hacia otras coordenadas y motivaciones desde lo político a lo cultural, de lo geográfico a lo simbólico, en el proceso de constitución de los Estados-nación durante el siglo XIX: Echeverría, Juan María Gutiérrez, Alberdi, Bello, Sarmiento, Lastarria son los sujetos que escriben el desierto, contra el desierto, fuera del desierto. El desierto no tardará en volverse diseminación y —como leemos en uno de los capítulos— no tardará en “ensayar (sobre) los límites”. El interés historiográfico recorre la lectura crítica de Hernán Pas y habría que decir que la suya es una operación riesgosa en varios frentes porque se trata de desafiar la letra allí donde se inscribe por primera vez, como si se buscara capturar, en un movimiento siempre regresivo, la manifestación previa a la cristalización del sentido, cuyo derrotero futuro (lo sabemos) es su monumentalización. Con esta exigencia casi inhumana, Hernán Pas escruta en los periódicos del siglo XIX y los recorre con ese afán (con esa fe) de encontrar la versión anterior a las determinaciones ya fraguadas por la crítica y la historiografía decimonónicas. El movimiento ahora es otro: lo delinea una interrogación y el deseo de buscar, entre los pliegues del archivo, los pretextos perdidos, las versiones que aventajarán quizás a otras, posteriores y de hecho poderosas, es decir, lo que la Teoría denomina “genotexto” (así se lanza a encontrar, en esa anterioridad, el genotexto de la cautiva de Echeverría). Y todo ello menos —claro está— para contradecir que para expandir los límites de la ficción. Y como dice el refrán: el que busca, encuentra. Pero el hallazgo —a veces un artículo, otras una litografía, también una imagen— impele a una nueva estructuración de esa verdad que las ficciones fundadoras no sólo invisten sino también revisten de un halo fabuloso, atributo éste como veremos entendido en términos simbólicos.

El espacio periodístico del siglo XIX resulta, en el archivo de Hernán Pas, fructífero: extrae la materia prima necesaria para ampliar la cartografía de lugares y sujetos hasta el límite de lo posible; intenta evitar “las sobre-interpretaciones” y se sitúa en el lugar inestable pero productivo de un ejercicio crítico que, además de dejar constancia, se atreve a la escritura. La prosa es cuidada: un estilista recorre las páginas, y, sin embargo, no domestica la verdad bajo la retórica ni se regodea en las figuraciones. Frena todo desborde del sentido y favorece la exposición de las ideas que gravitan en los conceptos constelados de los debates más consistentes: como la polémica sobre la lengua en el Santiago de Chile de Bello, Sarmiento, Alberdi y Lastarria en la década del 40 o el controvertido ensayo de interpretación del

¹ Presentación leída el viernes 26 de junio de 2009, en el Museo “Dardo Rocha” de la ciudad de La Plata.

pasado colonial y el pasado reciente de la emancipación. Estas dos inflexiones —la lengua y la historia— están vinculadas estrechamente y tanto lo están que el libro demuestra hasta qué punto son inescindibles, hasta qué punto una no puede ser pensada sin la otra. Michel de Certeau, leído y elaborado en este trabajo, lo condensa con el sintagma: *la escritura de la historia*, esto es, cómo esta última es traducida al campo de la letra, cómo los letrados escriben el texto de la historia, para indagar sobre las relaciones entre el ciudadano y el incipiente espacio literario de la Nación. La tradición es leída, por tanto, desde el poder de la ficción. Bien leído este libro excede la temporalidad decimonónica: tiene la poderosa virtud de hablar al presente, de interpelarlo de manera constante. No es un libro blindado al siglo XIX sino uno que se interroga sobre la historia, nunca ajena —como sabemos— a la actualidad.

Ficciones de extranjería condensa desde el título lo que el libro desarrollará una y otra vez desde distintos ángulos de lectura: la visión del otro. Y el otro es, siempre, por diversos motivos, el extranjero, el intruso, el bárbaro, aquel que delimita con su presencia amenazante la frontera. Éste es un libro que habla todo el tiempo de fronteras: no solamente de las fronteras geográficas sino también de las fronteras sociales, culturales, económicas, es decir, las fronteras que demarcan los contornos de lo imaginario de la Historia del siglo XIX con sus instituciones y sus luchas por el sentido, una Historia que Hernán Pas no duda en llamar latinoamericana, ya volveremos sobre este aspecto que nos parece fundamental.

Ficciones de extranjería entonces puede condensar el sentido sin coagularlo porque juega en un doble nivel: el valor que tienen la ficciones en la constitución del imaginario y sus efectos en la dimensión de la cultura y la presencia siempre extranjera, extraña, incómoda, del Otro, cuya frontera no está más allá del límite sino precisamente más acá. Este libro nos dice que la barbarie nunca está más allá de la frontera sino en el más acá, en el adentro de nuestra cultura. No puedo menos que recordar un relato de Saer que resume de alguna manera la dirección del enunciado *ficciones de extranjería* en tanto que enfatiza el poder que adquiere la ficción. Se trata de “En las tiendas griegas”, intercalado en *La pesquisa*. Es el diálogo entre dos soldados: el Soldado viejo, apostado en Troya y, por tanto, testigo próximo al campo de batalla y el Soldado joven recién llegado de Esparta, quien posee paradójicamente más informaciones sobre la guerra que el Soldado viejo, como si la lejanía respecto del lugar de los hechos fuera su condición de posibilidad, lejanía no solamente espacial sino temporal. Es la paradoja que nos narra que la verdad de la experiencia (el Soldado viejo) necesita para ser contada de la verdad de la ficción (el Soldado joven), todo lo cual revela que se necesita de la leyenda amasada por las voces de los otros, esto es, por las ficciones que éstos —los otros— han elaborado y escrito como un texto mnemotécnico de la comunidad que habitan. Se trata de las ficciones que dan acceso a la experiencia y a lo simbólico de nuestra cultura. Son las ficciones de extranjería donde la otredad es la instancia en que se funda una identidad allí donde la frontera nómada no está afuera sino adentro y se sabe cómo el nosotros desaloja de su horizonte de enunciación al “ellos” en tanto el lugar de la exclusión y también de los restos de la sociedad. La ficción, por consiguiente, es la memoria mítica de la comunidad, construida con las voces ajenas, y de ese modo, auspiciadora de un proceso que habilita la entrada en las ficciones simbólicas que sólo es posible realizar a partir del Otro, de la situación siempre de *extranjería*. Esta dimensión de extranjería es la que Hernán Pas parece perseguir en varias direcciones además de las ya señaladas. Me refiero a la extranjería del estar fuera de la nación que, bajo diversas circunstancias, concibe el exilio en el horizonte de América Latina, como una situación de extrañamiento pero también de producción: Bello en Londres escribiendo sobre la agricultura de la zona tórrida americana, Alberdi en Génova o Echeverría en Francia en contacto con los románticos. Existe el reverso exiliado de estos viajes y estadías, cuya orientación no es otra que conquistar el derecho a ingresar en el ámbito cosmopolita del conocimiento y el *aggiornamento* de la modernidad; reverso exiliado e involuntario que indica, en el fondo, una situación extraterritorial, la cual bajo el signo de la proscripción (según la famosa nominación de Ricardo Rojas), no deja sin embargo de producir y fomentar desde el afuera la escritura incesante y hace de la patria una nación flotante según frase de Alberdi. Hay que admitir, más allá del dolor y el desarraigo que suscita, el temple fructífero del exilio latinoamericano porque bien hubiera podido provocar el silencio o la mudez que subyacen como sabemos al légamo de la barbarie. *Ficciones de extranjería* se vuelve así, como metáfora, un blanco permanente que se desplaza de lugar: el Otro que nunca deja de estar e inaugura ese circuito constante del transitar el adentro y el afuera de la nación que permite la dialéctica en cada uno de estos espacios. La lectura fina de ciertas escenas de la vida nacional permite entrever que la tensión entre la política y la literatura, entre poder y ficción, estará siempre irresuelta, suspendida entre los dos polos. Nosotros y los otros fundan así las diferentes estrategias de pactos y alianzas en el período postcolonial y postemancipación, abierto ya el camino para que la identidad criolla advenga como la posibilidad de reunir las diferencias del complejo tejido social. No obstante, los otros están allí para señalar corporalmente (corporativamente también sólo algunos de esos sectores de la sociedad, casi siempre los mejor posicionados como clase) la frontera humana, aun cuando

lo infrahumano siga apareciendo como el doble animal de lo humano. La frontera humana es el cuerpo del otro y la lección de Foucault no se hace esperar en la incorporación del panóptico como control de poder en tanto que incesante vigilar y castigar: leemos así que “el *huinca* es la otra forma de nombrarlos (a los cristianos de las huestes federales, no los patriotas como Brián y María) desde el otro cultural”.

Comparto con ustedes algunos apuntes que fui tomando de la lectura del libro. Apuntes que, como su nombre lo indica, son apenas bocetos de ideas que se fueron articulando a medida que el libro se abría en un haz de escenas emblemáticas, de análisis textuales, de abordajes metacríticos, de asociaciones de sentido. Considero que es un libro que no se ha cerrado en absoluto y que su carácter abierto está lejos de prometer una clausura. Sin embargo es un libro abierto pero no trunco, es decir, no permanece abierto porque no se supo cerrar sino, más bien, porque se trata de un “ensayar (sobre) los límites” en el doble sentido de género y materia escrituraria. Abierto, entonces, porque focaliza un tramo del recorrido cuya concatenación espera, en el futuro, continuarse, pero aun el período seccionado —los veinte años que van de 1830 a 1850— podría ser reescrito otra vez, porque los pliegues podrían seguir tejiendo la trama. Sintomáticamente cuando se analiza en el libro algunos de los debates, Hernán Pas las denomina “polémicas entramadas”, esto es, polémicas que parecen tener más ramificaciones de las ya estudiadas; por eso, la labor con los periódicos es, en este caso, elogiable: amplían para modificar y no para regodearse en la tautología anodina y superflua que todos conocemos. Estos apuntes son como pequeñas astillas de sentido que el libro deja ver y que la lectura, en su prolífica manera de asociar, es capaz de detectar. Apuntes que, por otro lado, certifican que se trata de un libro, de un “texto” en el sentido con que Barthes definía el acto mismo de leer: el de levantar la vista del libro al que se abandona por el tiempo que dure la reflexión que produjo.

1. Me asombra la capacidad de transformar nociones suministradas por las citas en categorías teóricas, aptas para su uso y para funcionar como herramientas de análisis. De este modo, las nociones de “ficción calculada” de la cita de Mármol, de “travesía” a partir de la cita de Sarmiento, o la de “Zadig”, el nombre del personaje de Voltaire, la de “diccionario civil”, incluso la de “ciudadanía” según el uso de la cita de Hugo Achugar. Vale decir, se trata de nociones que adquieren, en el discurso crítico, una independencia semántica, porosa a impregnarse de y con otros significados que el análisis despliega de texto en texto. De este modo, el uso de la categoría de “heterologías” de Michel de Certeau logra adquirir cierta especificidad, dado el cuestionamiento al que se lo somete al *paisaje* como el entorno físico-geográfico y como su proyección en los “otros” que habitan el desierto, llámense gaucho, indio o huinca, negro o mulato, es decir, los restos vivos de la otredad vista y denegada al mismo tiempo entre la elite urbana y criolla de la *ciudad letrada* según la formulación del radical libro homónimo de Ángel Rama. Entre éstas tomo nota también de categorías propias y, entre ellas nombro la de “escritura viajera y metropolitana” que implica el reverso ideológico de las escrituras de los letrados criollos y el movimiento inverso del viaje para señalar el de Europa hacia América.

2. El libro propone a todas vistas un desplazamiento que juzgo fundamental. Se trata de leer “las ficciones de extranjería” en el espacio mayor de América Latina. No es solamente el estudio de la prensa chilena el que habilitaría pensar lo latinoamericano como un espacio comparativo, inter-nacional en la medida en que existe un puente solidario de pasaje de exiliados argentinos, a través de los Andes, sino, sobre todo, la proyección simbólica de un territorio al que los estudios de la Historia (en auge como sabemos durante el siglo XIX) comienzan a entrever, en sus inflexiones más acendradas, el proyecto colectivo de unidad continental con el que se había forjado la utopía americana. En este aspecto, el libro aborda Argentina y Chile pero la trama de referencias remite a América como un cuerpo, como un continente, escandido fundamentalmente por la noción de frontera y una visión historiográfica que encuentra en esta última una clave de lectura bastante visitada a la hora de interpretar el desierto, el vacío, en su pasaje ideológico desde los “*limes imperii*” a los límites de los Estados-nación. La fórmula del libro, concentrada en ese “Ensayar (sobre) los límites” propugna una vuelta de tuerca todavía posible aunque siempre a partir de lecturas fuertes como la David Viñas, Ricardo Piglia, Carlos Altamirano y Adolfo Prieto entre otros. No sin fundamento y con apertura a una discusión, disiente con algunos aspectos de estas lecturas críticas: el orientalismo como emergencia del despotismo asiático en el ensayo que Altamirano le dedicó al *Facundo*, o las falencias y contradicciones que es posible leer en el tomo sobre la literatura del siglo XIX dirigido por Julio Schwartzman. Este ejercicio de crítica de la crítica es otra de los aciertos del libro. La mención a América, es una perspectiva, un modo de ver y concebir el espacio geopolítico y geocultural del continente: con esta óptica la figura de Bello es señera y paradigmática con los tres pilares fundamentales: la gramática para el uso de los americanos, la traducción del código civil y el tratado del entendimiento. La lengua, lo jurídico y la filosofía promueven un cambio en el siglo XIX que permite de alguna manera llenar el otro vacío que señalase, en varios ensayos, el crítico colombiano

Rafael Gutiérrez Girardot, al plantear el vacío de una filosofía en sentido sistemático en la historia cultural de Hispanoamérica.

3. Hay un enunciado en el libro sumamente sorprendente, no tanto porque sea del todo original, sino porque —pensamos— es una interpelación a las prácticas del género-ensayo que, aun cuando no posea un soporte específico (más bien se apropia de otros géneros discursivos para conformar su propia vacancia), tiene conciencia de que el ensayo de interpretación nacional está en la base de los proyectos culturales de América Latina. El enunciado es el siguiente: *El doble del ensayo es la digresión*. Uno de los elementos más valiosos del libro, me animo a conjeturar, es el seguimiento de formas discursivas congéneres, esto es, vecinas entre sí. Hernán Pas las nombra: el cuadro (que remite, por supuesto al tradicional ya para el siglo XIX así llamado “cuadro de costumbres”), las escenas, los marcos ficcionales, el ensayo, el artículo, las viñetas periodísticas. Sin embargo, el énfasis por un lado sobre la voluble forma del ensayo y por otro las formas descriptivas del “cuadro” estarían señalando un trabajo contiguo y al mismo tiempo suplementario si pensamos que la digresión como forma la encontramos en todos los géneros. La *digressio* es un desvío, la coartada para la deriva, que permite suspender el hilo del relato o el fiel de la argumentación con el propósito de intercalar otro nivel reflexivo: una escritura que, dentro de la escritura, legitime su intromisión. Si la digresión es el doble del ensayo, lo es quizás porque no hay dirección única del pensamiento, no hay una sola línea, como si ella —la digresión— pudiera abrir otras líneas paralelas. El derecho de la digresión a abrir otra dirección podría ser el doble concentrado del ensayo en una bifurcación doblemente heterodoxa. También fue Gutiérrez Girardot quien postuló el cuadro de costumbres como el que pudo registrar dos cuestiones esenciales para la cultura latinoamericana: registrar la pérdida del uso castizo del español y dar cuenta de los cambios sociales de la vida cotidiana con la consecuente formación de la opinión pública. Así los letrados urbanos y criollos del siglo XIX asumen *la escritura de la historia* tensionada siempre entre el factor humano y el territorio, entre lo individual y lo colectivo, entre la impresión del paisaje y la objetividad de la mirada, es decir ese pendulante “ensayar (sobre) los límites”. Creo que el análisis que hace Hernán Pas sobre el cuadro, las escenas (que son casi siempre escenas de lectura) y las digresiones que forman parte del ensayo latinoamericano que toma el siglo XIX como un punto de partida sistemático para esta práctica discursiva (no olvidemos que la experiencia colonial también había hecho uso de estas formas en las autobiografías, en las crónicas, en las cartas de relación) es uno de los aportes más concretos y valiosos del libro. Sobre todo porque en el cruce entre las letras periodísticas y las bellas letras se juega el sentido lúbil y huidizo de la construcción del imaginario decimonónico en América Latina.

Y para terminar no quiero dejar de mencionar la imagen del comienzo del libro: los “caballos sobre las olas” como el doble invertido (intertextual) del enunciado “los barcos sobre la pampa”, extraído del libro homónimo de Dardo Scavino y que retoma el topos de la pampa como un océano. Y me quiero detener en la figura del caballo por el potencial que Hernán encuentra en la imagen de Sarmiento, quien escribe:

La barbarie que vencimos entonces invadía las aguas, y el europeo que nos traía hasta ayer los productos de la civilización del mundo, encontraba con sorpresa *caballos entre las olas, carros rodando sobre el lecho del río, y jinetes en lugar de marinos*. (1899 [1865], XXI: 112 [subrayado mío])

Obviamente el poder de la imaginación pudo condensarse en el devenir-animal de lo otro que aparece tanto en la ficción como en el ensayo, tal como podemos comprobar en este texto que citamos o en “El matadero” de Echeverría. Lo que quiero decir es que este hallazgo resume en sí “una serie de valores y representaciones históricas y sociales que recubren el drama agonístico de la dialéctica de la modernidad en el Río de la Plata”. El análisis no se detiene allí sino que continúa en otro topos del criollismo que la gauchesca retoma y que consiste en la identificación entre paisano y animal. Llegados a este punto Hernán Pas recuerda que la operación de Juan María Gutiérrez en un artículo de *El recopilador* es todavía más radical respecto de esta identificación entre gaucho y caballo, ya que descubrimos que la exhortación del artículo no está dirigida al gaucho sino al caballo: “si quieres conservar tu gracia y tu belleza —dice Gutiérrez—, y despertar ideas y sentimientos poéticos, no dejes el campo por el estrecho pesebre de las ciudades” (*El Recopilador*, n° 3, pág. 18, col. 1). El pasaje continúa así: “... y sobre todo no permitas que se suba a tus espaldas el que surca los mares y os maltrata por falta de destreza en gobernar las bridas”. Esta operación de lectura de J. M. Gutiérrez no sólo es un gesto un poco jocoso del costumbrismo del siglo XIX sino una profunda interpretación de la cultura argentina que tendrá, en el siglo XX, dos ejemplos memorables que no quisiera dejar pasar por alto: uno es el cuento “Aballay” de Antonio di Benedetto que es un paisano que nunca se bajará del caballo y vivirá, como el anacoreta

subido en la punta de la pilastra, y el otro, ese chiste de Borges, quizás el más herético del siglo XX, que cuenta en el velorio de Macedonio en el cementerio de la Recoleta. Allí Borges como homenaje a Macedonio cuenta un chiste, repite en verdad el chiste que Macedonio contaba en vida, y es ése que dice: “Es el gaucho en las estancias el entretenimiento del caballo”. Una inversión, la borgeana, que da una vuelta completa en el diálogo infinito y nunca acabado con el siglo XIX.

Enrique Foffani